

BIBLIAS ESCONDIDAS

Parte 1

A Linh, la pequeña de diez años, les gustaba mucho leer la palabra de Dios, pero, en su país, la gente no tenía libertad para adorar a Dios. Por esta razón, la familia de Linh mantenía la Biblia escondidas en su casa.

El papá de Linh era pastor de una iglesia subterránea; un grupo de cristianos que se reunían secretamente para adorar a Dios. Un día, la policía entró por la fuerza en su hogar. La niña podía oírlos, en la habitación de al lado, interrogando a su mamá y a su papá.

- ¿Dónde están las Biblias? – Exigían.

Linh sabía que pronto comenzarían a revisar la casa. “Tengo que hacer algo”, pensó. “No puedo dejar que se lleven todas nuestras Biblias”.

Yendo rápidamente hasta uno de los escondites, Linh sacó una Biblia y la metió en su mochila. Luego, tomó otra y otra, llenando su mochila con todas las Biblias que pudo poner dentro.

Cuando estaba cerrando su mochila, uno de los policías entró en su habitación. Linh se quedó muy quieta, esperando que el oficial la dejara tranquila. “Señor, por favor, guarda estas Biblias”. Oró. El corazón le comenzó a latir más rápidamente cuando el hombre recorrió la habitación con su mirada y sus ojos se detuvieron en la mochila.

- ¿Qué hay en la mochila? – Preguntó.

Linh vaciló. ¿Qué podía decirle? Entonces, se le ocurrió una idea.

- Hay... hay libros para niños – respondió.

El hombre la miró inquisitivamente, y luego la dejó ir. Linh soltó un suspiro de alivio, mientras se alejaba. Las Biblias estaban a salvo. Y su familia y sus amigos continuaron leyendo la Palabra de Dios y aprendiendo más acerca de él.

Parte 2

Los policías revisaron la casa, buscando Biblias ilegales. Y, aunque Linh logró salvar algunas escondiéndolas en su mochila, los oficiales encontraron otras, ocultas por la casa. Arrestaron al papá, y se lo llevaron a la cárcel. Linh oraba por él todos los días. “Señor, está, por favor, con mi papá. Y sigue usándolo para que comunique tu amor a otros”.

Durante una de las visitas a la cárcel, su familia logró entregar una lapicera, de contrabando, a su papá. Ahora, con la lapicera, él podía escribir versículos bíblicos que sabía de memoria. El único papel que pudo encontrar fue papel para cigarrillos, así que eso fue lo que usó. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...”, escribió.

El papá de Linh quería compartir el versículo con otras personas, así que tan pronto como pudo le pasó el papelito a otro prisionero.

-Aquí hay un mensaje de Dios -le susurró.

El prisionero leyó la nota, y luego se la pasó a otro prisionero. El papá de Linh continuó escribiendo versículos bíblicos, y sus “sermones cigarrillos” se pasaban de celda en celda. Eso daba esperanza a los prisioneros, y muchos llegaron a conocer acerca de Dios y de su amor. Dios respondió las oraciones de Linh; él usó al papá de Linh para llegar a otros, aun en prisión.

El apóstol Pablo también compartió la Palabra de Dios mientras estaba prisionero, en Roma; de hecho, escribió muchos de los libros del Nuevo Testamento estando en prisión. Y esto es lo que escribió:

“Este es mi evangelio, por el que sufro al extremo de llevar cadenas como un criminal. Pero la palabra de Dios no está encadenada”.

Dios puede obrar, en los momentos más difíciles, a través de personas que quieren servirlo. Su Palabra no puede ser encadenada.

Por Helen Lee Robinson